



UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD PARA EL DESARROLLO GLOBAL Project Syndicate

Escrito por: Rebeca Grynspan¹

Puede consultar la versión original [aquí](#)

La crisis del COVID-19 ha generado un impulso político global para alterar el equilibrio de poder entre el estado y el mercado en la gestión macroeconómica. Las esperanzas de reconstruir mejor ahora dependen del surgimiento de un nuevo paradigma de políticas para ayudar a guiar una transición justa hacia un mundo descarbonizado.

Las segundas oportunidades no son comunes en este mundo, pero ahora está llegando una. El alcance y la escala del apoyo gubernamental a las empresas y los trabajadores durante la crisis de COVID-19 de los últimos 18 meses han hecho a un lado los dogmas políticos arraigados. Esto ha generado un impulso político en las economías avanzadas y en desarrollo para cambiar el equilibrio de poder entre el estado y el mercado y, por lo tanto, fomentar un nuevo consenso para lograr un crecimiento más equitativo y sostenible. Al aprovechar este ímpetu, podemos evitar que se repitan los errores políticos de las últimas décadas.

La pandemia de COVID-19 ha puesto a prueba la capacidad de respuesta de los gobiernos y la resiliencia de los sistemas económicos en todas partes, y ha cambiado el comportamiento social y los hábitos personales de formas previamente impensables. También ha habido motivos para una esperanza genuina en medio del sufrimiento. La dedicación de los trabajadores esenciales ha sido inspiradora, mientras que la comunidad científica mundial ha aprovechado el poder de la investigación colaborativa y el dinero público para desarrollar vacunas COVID-19 seguras y eficaces a una velocidad vertiginosa.

Una recuperación económica mundial comenzó en la segunda mitad de 2020, cuando los países encontraron formas menos draconianas de manejar los riesgos para la salud de la pandemia y lanzaron programas de vacunación. Se espera que el crecimiento mundial alcance el 5,3% este año, la tasa más alta en casi medio siglo. Pero la perspectiva más allá de 2021 es incierta, dadas las disparidades en los recursos financieros de los países, la perspectiva de nuevas variantes del coronavirus y las tasas de vacunación muy desiguales.

Si no tenemos cuidado, estos desafíos, como la adopción equivocada de la austeridad fiscal por parte de los gobiernos después de la crisis financiera mundial de 2008, podrían frenar el impulso para un cambio significativo. Además, la pandemia ha revelado cuán poco preparados están incluso los países más ricos para choques inesperados, un hecho subrayado por

¹ Rebeca Grynspan, ex vicepresidenta de Costa Rica, es Secretaria General de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.



los eventos climáticos extremos de este año, y cuán dividida se ha vuelto la economía mundial.

Volver al paradigma de las políticas pre pandémicas, que generó la década más débil de crecimiento mundial desde 1945, sería un desastre. Esto es especialmente cierto para los países en desarrollo, donde el daño económico causado por COVID-19 ha superado el resultante de la crisis financiera mundial hace una década, en algunos casos por un margen considerable.

Las amplias iniciativas económicas de la nueva administración estadounidense, si se complementan con acciones similares en otros países desarrollados, podrían restaurar la economía global a una base más sólida. Además, el respaldo de Estados Unidos a la asignación reciente de 650.000 millones de dólares de derechos especiales de giro (DEG) del Fondo Monetario Internacional, así como a una tasa impositiva corporativa mínima global y una exención de los derechos de propiedad intelectual relacionados con la vacuna COVID-19, sugiere una posible renovación. del multilateralismo. Las asimetrías existentes en la economía mundial y las crisis económicas y ambientales entrelazadas que han provocado deberían encabezar la agenda multilateral.

El progreso dependerá de una mejor coordinación de las políticas entre las principales economías a medida que presionan para mantener el impulso de la recuperación, desarrollar la resiliencia frente a futuras conmociones y abordar la crisis climática cada vez más urgente. Pero una mejor coordinación no será suficiente para reconstruir mejor. Sobre todo, los países en desarrollo necesitan un apoyo internacional renovado. Muchos de ellos se enfrentan a una crisis de salud pública en espiral debido a la pandemia, incluso mientras luchan con una carga de deuda cada vez mayor y enfrentan la perspectiva de una década perdida de crecimiento económico .

Hasta ahora, los esfuerzos internacionales para aliviar las tensiones financieras y de salud en el Sur Global corren el riesgo de llegar demasiado tarde. Pero podemos aprovechar lo que ya se ha logrado. Las recientes iniciativas del G20 sobre la deuda de los países en desarrollo pueden impulsar esfuerzos de mayor alcance para abordar este problema creciente a través de instituciones multilaterales sólidas.

De manera similar, la donación o el préstamo de DEG no utilizados por los países de ingresos altos, incluida una parte mayor de la asignación reciente de \$ 650 mil millones, podría ayudar a financiar los esfuerzos de los países en desarrollo para lograr los Objetivos de Desarrollo Sostenible. A pesar de los recientes reveses, el secretario general de la ONU, António Guterres, enfatizó recientemente que “tenemos el conocimiento, la ciencia, la tecnología y los recursos” para volver a encarrilar los ODS. “Lo que necesitamos es unidad de propósito, liderazgo eficaz de todos los sectores y acción urgente y ambiciosa”.

El Plan Marshall de Estados Unidos que permitió a Europa reconstruirse después de la Segunda Guerra Mundial ha sido evocado con razón como un modelo para tales esfuerzos. Pero lo que falta hoy es una narrativa audaz y centrada en el ser humano que abandona los tropos obsoletos del libre mercado y, en cambio, conecta los desafíos políticos globales compartidos con las mejoras en la vida



cotidiana de las personas, ya sea que vivan en Bogotá, Berlín, Bamako, Busan o Boston. .

Eso implica crear más puestos de trabajo que garanticen un futuro seguro para los trabajadores y sus familias. Significa no solo ampliar el espacio fiscal, sino también garantizar que los impuestos que paga la gente se traduzcan en servicios públicos y protección social adecuados. Además del endeudamiento soberano responsable, los responsables de la formulación de políticas deben asegurarse de que las deudas que las personas adquieren para tener un techo sobre sus cabezas o enviar a sus hijos a la escuela no sean una carga para toda la vida. Por último, los gobiernos no solo deben fijar un precio adecuado al carbono, sino también preservar el medio ambiente natural para las generaciones futuras.

Hace cuarenta años, el primer Informe sobre Comercio y Desarrollo de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo pidió un nuevo paradigma "para tener en cuenta explícitamente el hecho de que las cuestiones relativas a la gestión de la economía mundial, por un lado, y los objetivos de desarrollo a largo plazo por el otro, se entremezclan ". En cambio, desde entonces, los legisladores han depositado demasiada fe en las fuerzas del mercado para establecer esa conexión. Este enfoque ha fallado. Peor aún, la corrosión de los servicios públicos, la captura del Estado por intereses especiales y la desregulación de los mercados laborales durante las últimas cuatro décadas han pasado factura a la confianza de los ciudadanos en sus representantes políticos.

Hoy en día, reconstruir mejor depende del surgimiento de un nuevo paradigma de políticas, esta vez, para ayudar a guiar una transición justa hacia un mundo descarbonizado. La cuestión crucial es si los gobiernos adoptarán conjuntamente las medidas necesarias. Si actúan por separado, esta crisis resultará ser simplemente otra oportunidad perdida.